│ PARA TI EL CAMELLO │

El hombre acerca la sierra eléctrica a una rama. Hace un pequeño corte por debajo, luego otro por encima, y esta se desprende como si fuera mantequilla. Está a unos cuatro metros de altura, encaramado a una grúa con un brazo articulado. Mono rojo, casco amarillo, gafas de seguridad transparentes. Se aproxima ahora a una rama algo mayor y repite la operación. Las ramas caen sobre el carril derecho de la carretera, donde otro operario las amontona. El carril izquierdo permanece habilitado al tráfico, bajo la supervisión de un tercer operario que da paso con una mano mientras de la otra le cuelga una señal de stop inerte. Pese al movimiento ágil de su brazo, los coches avanzan muy despacio, los conductores pegados al cristal del parabrisas, intentando avistar al responsable del exterminio. Los peatones permanecemos igual de hipnotizados. Estamos quietos, aunque no tenemos por qué; la parte de la avenida despejada de árboles está liberada al paso. A la izquierda, esta tiene todavía un aspecto normal; a la derecha, la escabechina se hace patente: una alfombra de ramas y decenas de árboles semidesnudos en el borde de la acera. Eso sí, las farolas de ese lado lucen ahora despejadas y orgullosas. Pegada a la valla amarilla que delimita la zona destinada a los trabajos, hay una niña que apenas supera la altura de la valla. Miro alrededor pero no parece que nadie la esté vigilando.

—¿Estás sola? —le pregunto tras avanzar unos pasos y colocarme a su lado.

—Mi padre está ahí —dice señalando a un hombre en chándal hablando por teléfono pegado a la fachada.

—¿Y no te da miedo estar tan cerca?

—No —dice sonriendo y negando con la cabeza.

El operario-grúa acerca entonces la sierra a una rama de un grosor mucho mayor que las anteriores, de unos sesenta centímetros de diámetro. La niña se agarra a la valla y abre la boca. Luego pregunta:

—¿Por qué tienen que cortar una rama tan grande?

Me fijo mejor en el árbol. A simple vista no parece enfermo, claro que mi padre tampoco lo parecía. Me asaltan fogonazos: esparadrapo, aguja, sonda, ingle, catéter. Cubitos de hielo mordisqueados. En un ferrocarril había cinco perros.

—No lo sé —consigo decir—. Será para que luego crezca más fuerte.

El operario-grúa busca la confirmación del operario responsable del tráfico. Este comienza a asentir, pero de repente levanta la señal de stop en su dirección. La sierra queda en suspensión sobre la rama gigante, mientras se empieza a escuchar una sirena. Tras varios coches, aparecen las luces azules de una ambulancia, así que la rama está disfrutando de unos segundos más de vida gracias a alguien que la está perdiendo. La ambulancia pasa sin apenas aminorar la velocidad y el operario-stop le hace una señal definitiva al operario-grúa. Este apoya finalmente la sierra sobre la rama y desciende poco a poco. Mientras presenciamos la amputación, me acerco más a la niña y le acaricio el pelo. A los pocos segundos escuchamos un estruendo que por esperado no evita que encojamos los hombros. Después me giro y sigo mi camino, y en menos de un minuto me olvido de la sierra, la niña y la ambulancia y recuerdo adónde iba.

El bibliotecario me saluda con un levantamiento de mentón. Es lo que tiene que te conozcan, se pueden ahorrar los buenos días. Subo las escaleras y voy directa al tercer pasillo. Saco el dedo índice y acaricio los lomos: FER, FIE, FIH, FIL, FIS, FIT. Encuentro el tomo de *Cuentos reunidos* que he visto en internet, un ladrillo azul cielo de novecientas veintitrés páginas. Me siento al lado de un señor rodeado de varios periódicos deportivos. Saco el móvil y escribo en el buscador: Scott Fitzgerald mejores cuentos.

Me gustan los cuentos. Cortos como cerillas y largos como lápices. Cada mes elijo un autor del que leo algunos. De Maupassant leí sesenta y siete una Navidad; de Kafka no llegué a diez.

Elaboro una lista con veintiuno a partir de varios artículos. La mayoría se repiten, aunque los hay que solo aparecen dos veces, incluso una. Marco estos últimos con un asterisco. Busco los relatos en el índice del libro: «Un diamante tan grande como el Ritz», «El curioso caso de Benjamin Button», «Bernice se corta el pelo»... Encuentro todos menos uno: «La parte trasera del camello». Regreso al estante y busco otros libros de cuentos de Fitzgerald. Hay dos, mucho más finos, solo con relatos seleccionados. Consulto los índices. Nada. Vuelvo a la mesa y me quedo mirando la lista con las veintiún líneas. Tacho mentalmente la del camello. Me da

cierta paz que de esa manera la lista se reduzca a un número redondo, aunque el veintiuno es un número triangular. Mordisqueo la tapa del boli.

El lector de periódicos es increpado por un señor con la nariz muy roja. Al parecer, no se pueden coger más de dos periódicos a la vez. El primero le hace un gesto desdeñoso. Claro que sí, aquí cada uno con sus obsesiones. En la salida, le doy el ladrillo al señor del mentón junto con mi carnet y él le quita la alarma.

Dos señoras sentadas juntas en el autobús. Dos gabardinas, dos bolsos en el regazo, una barra de pan asomando. Hablan sobre la última película de Jonás Trueba, *Volveréis*. Es un divertimento, no le di más vueltas. Tanta historia para eso. Nada, acaban juntos y ya está, no tiene más. Mientras, intento desenredar el cable de los auriculares. Cada vez que hago esto, me viene mi padre a la cabeza. Mi padre vivo, aunque ahora esté muerto. Ahora no me puedo calmar acariciándole el pelo a ninguna niña, así que juego con el mío enredándome mechones alrededor del dedo índice. Una de las dos señoras se baja y la otra le dice adiós con la mano a través de la ventanilla. ¿Cómo piensan los demás en sus muertos? ¿Se los imaginan con más edad de la que tenían al morir?

Me bajo en la última parada, tengo tiempo de sobra antes de ir a la joyería. Camino mientras pienso en mis glúteos, los aprieto todo lo que puedo. En un escaparate hay una caja de metacrilato dentro de la cual llueve sobre una chaqueta técnica. El ladrillo me da golpes en el costado. Me cambio el bolso de hombro y enfilo una calle por la que hace tiempo que no paso, no reconozco más de la mitad de los negocios. Acabo sin quererlo en la calle en la que trabajaba mi padre. Freno en seco. Instantes después, me obligo a seguir hasta el portal de su despacho. En la fachada hay una mancha clara del tamaño de la pantalla de un ordenador. Antes había una placa dorada con su nombre, así que en realidad no es una mancha, es ausencia de suciedad. Allí donde iban fijados los tornillos, se distinguen cuatro círculos rojizos de óxido. Toco uno de ellos y me miro las yemas. No se manchan.

Me tocan el hombro, doy un respingo. Es Miguel Silva. Salgo de mi ensimismamiento y sonrío, tanto que creo que se me queda cara de vendedora de detergente. Hablamos. Del trabajo, de su madre, del invierno, que no termina de irse. Hace frío para ser marzo. A ver si nos vemos. Llámame. Me desprendo de la sonrisa en la basura que hay delante de la puerta de la Biblioteca Central. El picaporte pesa. Atravieso la zona de películas y cómics hasta llegar a la sección de ficción, también aquí sé dónde está la efe sin necesidad de mirar los carteles que cuelgan del techo. Me paro delante de Fitzgerald: *A este lado del paraíso*, *El gran Gatsby*,

Suave es la noche, y el mismo ladrillo azul que me está machacando los hombros. Resoplo. Último intento, mostrador de información. Una mujer con cara triste y una distribución inusual de canas. Le hablo del camello. La mujer mira en el ordenador, parece eficiente. Dice lo que me temía: Si no está en el tomo de *Cuentos reunidos*, no tenemos otra cosa. Qué hago buscando un camello en una ciudad obsesionada con escalar montañas. Tengo algo menos de una hora antes de llegar a la joyería. Ni siquiera sé por qué hemos quedado allí. Si voy andando, podría preguntar en una librería que hay de camino. Algo me dice que me estoy obcecando. Lo silencio sacando los auriculares del bolso, que siguen enredados. Las arterias de mi padre, las venas de mi padre. Llevo a cuestas su sistema circulatorio.

El tintineo de una campana anuncia mi entrada. Me detengo en la sección de novedades: libros y libros de autores de los que jamás he oído hablar. El último Premio Planeta me sonríe desde un expositor de cartón. Una chica pecosa me pregunta si necesito ayuda. Repito la historia del camello, que a estas alturas empieza a parecerme ridícula. A ella no se lo parece, se le encienden las mejillas. Busca en el ordenador y me dice optimista que tienen un ejemplar de *Cuentos de la era del jazz.* Era uno de los que estaban en la primera biblioteca, le digo que no hace falta que lo busque. La chica baja los hombros, agradezco su desilusión.

Llego diez minutos antes de la cita a la puerta de la joyería. Mi hermano aparece puntual acompañado de su sonrisa perenne. Me abraza y me da un beso en la mejilla, y yo le tiro de la barba, que cada vez está más larga. Tocamos el timbre y un señor con edad de estar jubilado pulsa un botón que tiene bajo el mostrador. Una nube densa me invade las fosas nasales nada más cruzar el umbral. El local es muy pequeño, tras el mostrador hay varias herramientas y una balanza de precisión antigua. Los platillos están desnivelados. Detecto varios olores: papel, aceite, café, y algo que recuerda a una ferretería, estaño tal vez. Mientras intento no marearme, mi hermano saca los cuatro relojes de su mochila y todo lo que hemos encontrado relacionado con ellos: tres cajas, dos facturas originales de compra, la fotocopia de un seguro antiguo en el que figuran los otros dos. El joyero lee los documentos a través de unas gafas diminutas. Yo aprovecho para probarme los relojes una vez más: uno clásico con la correa marrón, dos metálicos, otro con la esfera azul cobalto que nunca le vi puesto a mi padre. Cada vez que pienso que nos vamos a desprender de ellos, se me abre la boca del estómago. Me quedaría con alguno, pero su tamaño es tan descomunal, que más que consultar la hora, parecería que estoy planeando ahogarme en un río a lo Virginia Woolf. Lo lógico sería que mi hermano se quedara con alguno, pero no usa reloj. Aun así, se prueba el de la esfera azul y yo contengo la respiración. Enseguida se lo quita y lo deja en la bandeja de terciopelo gris. No sé qué esperaba, pasó lo mismo con la

ropa. Nos enfrentamos al armario de mi padre a la semana de su muerte. Su viuda quería quitarse *eso* de encima. Eso era una montaña de camisas, jerséis, americanas, pantalones. Mi hermano se quedó quieto ante aquella cama desbordante. Al principio pensé que le dolía demasiado, luego me di cuenta de que solo le parecía una pérdida de tiempo. No quería nada. Consecuencia: yo me llevé un gorro, dos jerséis, doce camisas y catorce corbatas. Me dije que las usaría de diadema.

El joyero nos dice que la fotocopia del seguro no le vale para nada, los relojes que aparecen no son ninguno de los que le hemos traído. Me viene a la cabeza el robo de 1995. Mi hermano guarda el papel y yo me fijo mejor en el reloj de la esfera azul. La verdad es que no le pega nada, ni este, ni ninguno de los otros tres. Mi padre y él no se parecen demasiado; ni en los rasgos, ni en los gestos, ni en el apego a las cosas. Solo en la altura, pero el mundo está repleto de hombres que miden metro ochenta y tres. Mi hermano se agacha y empieza a hacerle carantoñas a un gato negro que se despereza a nuestros pies. Le pasa los dedos por la columna vertebral y luego lo acaricia entre los dos ojos. A veces pienso que él es menos sensible que yo, claro que en este momento soy yo la que prefiere los relojes a los gatos.

El joyero sabe que hemos venido porque necesitamos un certificado de tasación, mi hermano se lo ha explicado por teléfono esta mañana. Por eso no tenemos gran cosa que decirle. Inspecciona ahora cada reloj. Revisa la marca, el modelo, el número de serie. Los gira, los abrillanta, los trata con cariño. Se me escapan dos lágrimas desobedientes. El gato se contonea entre mis piernas con el rabo erguido.

—Lo miro y os digo algo en una semana, ¿vale? —dice quitándose las gafas.

Agradezco respirar el aire de la calle. Me seco las lágrimas disimuladamente mientras mi hermano cierra la mochila y comienza a bajar la cuesta en silencio. Espero por si tiene algo que decir. Pasan varios segundos, él mirando al frente, yo a los árboles de la calle. Estos todavía no han recibido la visita del hombre del mono rojo.

—¿Tienes algún libro de Scott Fitzgerald? —le pregunto. Él levanta la mirada y piensa.

—Leí en su día *El gran Gatsby*, pero era de Pablo —dice finalmente.

Le cuento mi andanza vespertina.

—La Casa del Libro cierra tarde. Vamos —dice, cogiéndome del brazo. A mi hermano también le gusta jugar a la isla del tesoro.

De camino, menciono el robo de 1995. Empieza a hacerme preguntas para comprobar que estamos hablando de la misma anécdota familiar, él era muy pequeño.

—¿Te acuerdas de lo de los pendientes? —le interrumpo.

Los ladrones entraron forzando la puerta de casa. La policía nos contó que unos días antes debían de haber pegado un trozo de esparadrapo en la mirilla, y, como nadie lo quitó, dedujeron que estábamos de vacaciones. Habían hecho lo mismo en otras casas. Fueron directos al salón y al cuarto de nuestros padres. Se llevaron la cámara de vídeo, la tele y saquearon el joyero. Solo se salvó un collar de perlas que mi madre guardaba dentro de un calcetín en el altillo del armario. El cuarto quedó desvalijado: los cajones de la cómoda encima de la cama, la ropa tirada por el suelo, papeles y papeles desperdigados por todas partes. Eso sí, tuvieron la delicadeza de despejar una esquina de la cómoda y dejar cuatro pendientes de bisutería perfectamente alineados y desparejados. Ellos se llevaron los otros cuatro.

—¡Hay que ser hijo de puta! —suelta mi hermano.

—En su momento no te importó mucho. No hacías más que repetir indignadísimo: ¿Y a mí por qué no me han robado nada?

Carcajada. Mi hermano no alega nada, sabe reconocer una de sus actuaciones estelares incluso cuando no la recuerda. En La Casa del Libro a nadie le gusta jugar a la isla del tesoro, salimos con las manos vacías. Las llenamos con sendas cervezas en la terraza de un bar.

—He vuelto a leer el informe médico. Creo que no lo tendrían que haber operado —digo tras dar el primer sorbo.

—¿Otra vez con eso?

El informe dice que nuestro padre murió de una malformación arteriovenosa cerebral. Parece ser que la malformación había dado señales a lo largo de los últimos años, pero nadie las relacionó. La alarma no saltó hasta que empezó a tener ausencias: episodios breves en los que se quedaba mirando a la nada. Luego cogía el mando de la tele, se lo llevaba a la oreja y decía: Aquí no vive ninguna Consuelo.

Mientras estaba ingresado en el hospital, un médico le hizo memorizar la frase «En un ferrocarril había cinco perros». Al día siguiente le preguntó cuántos perros había en el ferrocarril. Mi padre miró al médico, confuso, sabiendo que algo que se le escapaba por el desagüe. Quise gritar cinco como si estuviéramos en un concurso y pudiera contestar cualquier

miembro del equipo. En cambio, soporté aquel silencio dándome golpes en el muslo. Cuando el médico se fue, mi padre me preguntó si me había acordado de subirle la radio. La saqué del bolso y se la di con cuidado de que el cable no se enredara en los barrotes de la camilla.

Las arterias llevan la sangre oxigenada al cerebro; las venas devuelven esa misma sangre sin oxígeno a los pulmones y al corazón. Una malformación arteriovenosa es una maraña de vasos sanguíneos que altera ambos procesos y que muchos médicos aconsejan no tocar.

—Lo operaron y pasó lo que pasó —dice mi hermano en un tono que no admite réplica.

Dejamos unas monedas en el platillo de la cuenta y atravesamos el puente en silencio. Llegamos a la avenida donde ya no queda rastro de los operarios, todos los árboles están pelados. Mi hermano habla del viaje que está planeando con sus compañeros de clase para celebrar los cuarenta de todos ellos, los fiordos de Noruega deben ser impresionantes. Nos despedimos con un abrazo más corto de lo normal.

Leo los veinte cuentos de Fitzgerald. Los voy tachando de la lista, hasta que solo queda «La parte trasera del camello». Me quedo un rato mirando la hoja y luego la tiro. El mes siguiente le toca el turno a Edna O'Brien y el siguiente a Guadalupe Nettel. Termino el año con Katherine Mansfield. Descubro que existe algo llamado la «barra Mansfield», una barra de seguridad que se añade a los semirremolques para impedir que los coches acaben debajo del camión en caso de colisión, que es justo lo que le pasó a la actriz Jayne Mansfield, y no a Katherine, aunque el paso del tiempo hará que me confunda. En cambio, seguiré recordando que en un ferrocarril había cinco perros.

Es enero, fuera truena. Estoy haciendo extensiones de bíceps en el salón. Entre una repetición y otra, algo me llama la atención. Dejo las mancuernas en el suelo y me acerco a la estantería. Hay un libro marrón que juraría no haber visto nunca. Tal y como me había parecido, en el lomo pone F. Scott Fitzgerald. Lo saco y leo el título: *Tres cuentos románticos*. Busco el índice. En tercer lugar, ahí está: «La parte trasera del camello». Cierro el libro de golpe.

Respiro varias veces, lo vuelvo a abrir. Paso las páginas con rapidez, en busca de algo, delante, detrás. El libro se me cae. Me siento en el suelo y lo coloco entre las piernas. Lo abro más despacio. En la primera página veo la firma inconfundible de mi padre. Antes, una dedicatoria: Para ti el camello. La releo varias veces. La dedicatoria está fechada: París, 5 de abril de 2010. Hace quince años. La tinta es roja. Paso los dedos por encima, las yemas no se manchan.

Intento leer el cuento pero las letras me bailan. Necesito salir. Corro por toda la casa cogiendo cosas, se me caen los guantes y las llaves. Llego hasta la playa y me siento en un banco. Ha parado de llover, aunque el mar sigue furioso. Cojo el móvil y busco «Dance me to the end of love» de Leonard Cohen. Los auriculares están enredados. Deshago los nudos hasta que sostengo una única hebra blanca entre las manos, consiguiendo hacer por fin lo que ningún cirujano pudo. Luego pienso en las dos mujeres de aquel autobús. Tanta historia para eso.

La novia de Frankenstein